

OLIVIA TEROBA
Un lugar seguro

narrativa **sextopiso**



Un lugar seguro

OLIVIA TEROBA



SC
SECRETARÍA DE
CULTURA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © OLIVIA TEROPA, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada

© MÓNICA FIGUEROA

I'll be the light on your door to show that you're home, 2023

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2023

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

DR © SECRETARÍA DE CULTURA DE TLAXCALA

Calle Fernando Solana

1ra. Sección, No. 1

San Luis Apizaquito,

90401, Apizaco

www.culturatlaxcala.com.mx

Formación

REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8895-09-0

Impreso en México

Para todos mis afectos.
Sus nombres los llevo conmigo.

Y si pienso sin precaución
Y si pienso sin tu lengua
Y si pienso sin tu historia

Y si pienso con mi lengua
Y si pienso con mis memorias

ANGELA NEIRA MUÑOZ

Creo que nuestro trabajo será doloroso y que se le desconocerá. Creo que debemos resignarnos a ello con humildad, pero con fe profunda en su grandeza y su fecundidad. Nuestras pequeñas vidas individuales contarán poco, pero todas nuestras vidas reunidas pesarán de tal modo en la historia que harán variar su curso.

VICTORIA OCAMPO

DESOCUPARSE

Mi hermano menor consiguió trabajo en la Ciudad de México y se ha mudado, como era de esperarse, conmigo. Solo somos él y yo, en un departamento con dos habitaciones, comedor, cocina y baño. Ha sido difícil: antes de que llegara, había empezado a acostumbrarme a vivir sola. En algún momento compartí este lugar con mi expareja, y cuando se fue hice lo posible por estar fuera de casa la mayor parte del tiempo. Incluso, en un gesto de dramatismo innecesario, desconecté el refrigerador. Ya me estaba reconciliando con este espacio cuando, de un día para otro, mi hermano llegó desde Tlaxcala, nuestra ciudad natal, a dormir en el que era mi estudio, ocupar mis utensilios domésticos, llenar la mitad de *mi* clóset con su ropa.

Conforme se lleva tiempo viviendo sola se aprenden ciertos trucos: cómo evitar las plagas, quitar el cochambre de la estufa y el sarro del baño, la mejor hora para tender la ropa y otras formas de mantener la casa en un precario equilibrio de orden y limpieza. Mi sensación al principio era que mi hermano no conocía esas reglas y yo no quería explicarlas: sentía que eso implicaba hacerme cargo de él.

Cada tanto me descubro haciéndome cargo de la gente, sobre todo de mis parejas. Un cuidado que raya en la asfixia y que deja tan harta a la otra persona como

a mí. Con el tiempo, me di cuenta de que este hábito se relaciona con la necesidad de sentirme apreciada por otros. A la par, desprecio mis propios asuntos: siempre parece más importante resolver la vida de otra persona.

*

A lo largo del año pasado acudí a tres especialistas en adivinación: astrología, tarot y clarividencia. En cada consulta intenté poner toda la atención posible, segura de que a través de las palabras del otro surgiría una señal. De lo que me dijeron, logré reunir un discurso medianamente coherente, adaptado a un sistema de creencias personal.

Estos días me resuenan ciertos aspectos de mi personalidad relacionados con mi signo zodiacal: Libra. Aéreos, y por lo tanto volubles, los libra solemos ser más inestables de lo que parece. Se dice que las personas reencarnan en este signo para aprender a mantener un equilibrio que no consiguieron en su vida anterior. No sé si sea eso, una inmadurez prolongada o simple falta de inteligencia emocional: con frecuencia, suelo irme a los extremos. Por ejemplo, atiendo demasiado a las personas o no les pongo atención en absoluto. Por eso, al principio, negué todo tipo de ayuda a mi hermano. Me enojaba su presencia aquí.

Coincidió que justo estaba en una etapa de transición, es decir: sin trabajo. Todo el día en casa, intentando disciplinar la pereza, la desidia, la lujuria; comprenderlas para entender cómo todo esto podría conducirme a escribir. Pero siempre hay algo que hacer antes de lo más importante.

A veces me pregunto si vivir no es una serie de procrastinaciones. Y qué ocurre con aquellas personas que hacen todo a tiempo, pendientes del reloj y del calendario. En la lógica del capital, el éxito de unos se sostiene sobre el no-éxito del resto. Así, mi hermano debe levantarse todos los días a las seis de la mañana para ir a la oficina, mientras yo me despierto a eso de las nueve y apenas a las once estoy desayunando. A lo largo del día se agolpa una multitud de pendientes absurdos, desde enviar un texto, hasta una entrevista de trabajo, pasando por preparar la comida, ir al gimnasio o buscar algún curso de inglés por internet.

Todas estas actividades rodean al acto de escribir: son las desviaciones de una tarea que siento a ratos imposter-gable, a ratos un fastidio: por momentos imposible. No obstante, llega. Y es estar aquí, sentada en el escritorio que ahora comparte espacio con el comedor y la sala, en un intento de darle sentido a mi tiempo, a mi ocio. Quizá sea eso lo que importa, más allá de lo que dicen las palabras que tecleamos: refugiarse en un mundo propio, evadir la exigencia permanente de ser productiva.

Buscar dentro de las neurosis cotidianas, de la serie de actos insignificantes que se traducen como inactividad. ¿Qué puede haber en este vacío, en esta nada? ¿Empieza ahí la literatura? Escribir como una forma de alejarse de la pesadez. Para quebrar de golpe la necia igualdad de los días. Para reconectarse.

Pienso que los primeros relatos de la humanidad fueron producto del ocio: algo habría que inventar mientras se calentaba el cuerpo, después de una cacería, alrededor del fuego. En medio de aquella tranquilidad que brinda el calor y la compañía, podrían contarse